

GESTIÓN CULTURAL / GESTIÓN ARTÍSTICA: DIFERENCIAS DE ENFOQUE PARA UN TRABAJO PERTINENTE, A PROPÓSITO DE LA NUEVA REALIDAD CHILENA EN CONSTRUCCIÓN

GABRIEL MATTHEY CORREA

Compositor e Ingeniero Civil Hidráulico, Magíster en Gestión Cultural, profesor de la Universidad de Chile.



1. Reflexiones previas, a modo de preparación

Es cierto que las crisis hacen crecer, cuestión que ahora cobra especial relevancia. De hecho, el mundo está en medio de una gran crisis global, por causa del cambio climático y del Covid-19, a tal punto que se habla de “vieja y nueva realidad”. Esto se refuerza en el caso chileno, debido a la revolución que gatilló el estallido/revuelta de 2019, incluyendo el actual proceso constituyente en pro de una Nueva Constitución, además del cambio generacional en la política contingente. Urge entonces repensar la política, la economía y, desde luego, la gestión cultural y artística, pues en el fondo está en juego el paso definitivo hacia nuestra «era post-colonial» y, con ello, hacia el «*poder ser*» nosotros mismos como país.

Desde el punto de vista de una “nueva realidad”, al fin Chile se atreve a hablar de multiculturalismo, lo cual exige abrirse paso a una gestión cuya pertinencia solo será posible si “lo cultural” se reconoce como tal, en su alcance antropológico, multidimensional. Ello es fundamental, porque cada cultura es diferente, en tanto su configuración interna tiene distintas dimensiones que la caracterizan. Por esta razón, si Chile de verdad quiere asumirse diverso y multicultural, tiene que dejar de confundir y/o reducir el concepto de “cultura” solo a su dimensión artística, junto con considerar que cada cultura tiene su propia forma de ser, única. Solo así se podrán identificar, respetar y gestionar las legítimas diferencias territoriales y, con ello, culturales y existenciales que internamente tenemos como país.



Junto con lo anterior, Chile tampoco puede continuar reduciendo “la cultura” a los puros eventos y espectáculos de los fines de semana, como si ella no existiera fuera de los escenarios ni durante los demás días de la semana. Pensar “la cultura” solo como un entretenimiento y/o una “mera instrucción” ocasional, es no comprender nada. La cultura entendida como modo de vivir, se construye colectivamente por la sociedad completa, a partir de la vida cotidiana y en forma inclusiva; se construye en base a procesos de desarrollo humano continuos —de día y de noche—, sin discriminar a nadie, tanto en ámbitos urbanos como rurales y mixtos.

En el caso especial de las artes, es cierto que en las grandes ciudades ellas ejercen un papel clave, toda vez que operan como

agentes de cambio y contribuyen a renovar la mentalidad y referentes simbólicos. Sin embargo, en ciudades y pueblos pequeños, las artes a veces ni siquiera existen —por lo menos no a la manera urbana—, aunque sí existen otras formas de vida, de expresión y desarrollo humano, con prácticas y saberes igualmente legítimos y culturales. Por otra parte, como contraste, en el caso de las ciencias y la tecnología, llegó la hora de asumir que la “nueva realidad” —a escala global— implica dejar atrás la «era industrial», para entrar de lleno en la «era digital». Esto conlleva enormes cambios socioculturales, partiendo por considerar que cada territorio físico (analógico) tiene sus propias coordenadas geográficas e históricas, mientras que cada territorio telemático (digital) tiene sus propias coordenadas espacio-temporales.



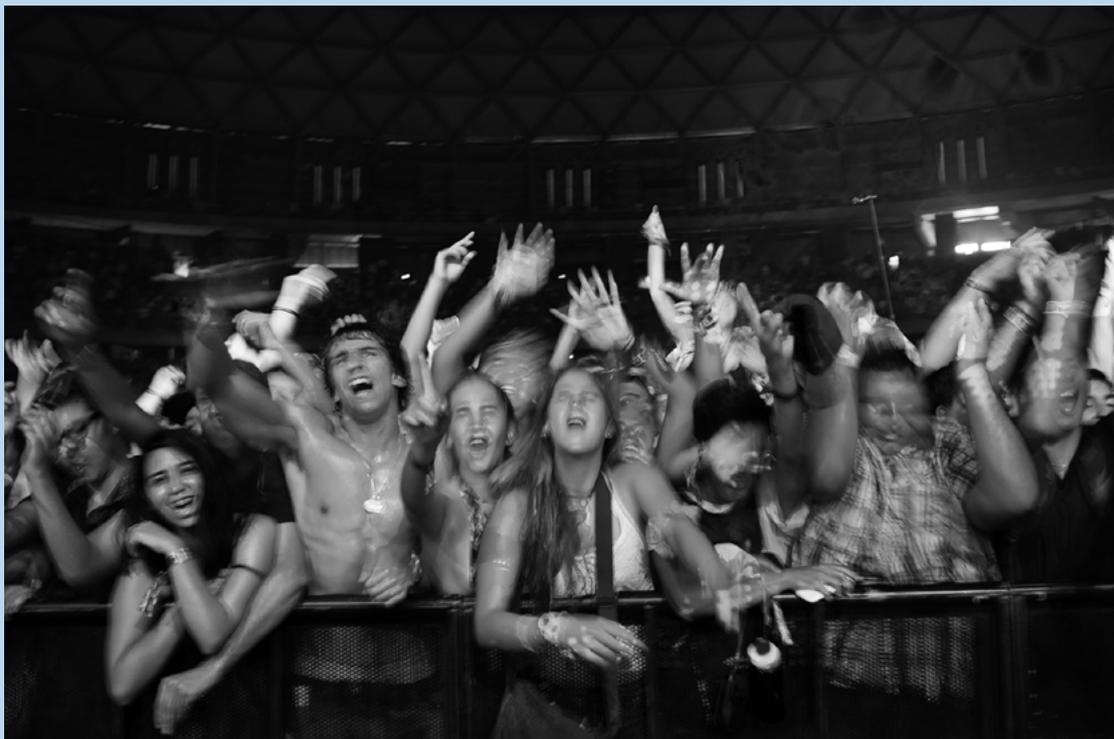
Chile efectivamente es un país diverso, multicultural, constituido —de partida— por pueblos originarios, además de diferentes migraciones y mezclas que significan un rico mapa de territorios, mestizajes y posibilidades. Esto exige transparentar la realidad, junto con asumir la doble condición rural-urbana, local-global, lo cual invita a repensar y a diferenciar la gestión cultural de la gestión artística, ambas con sus propios enfoques, pero ahora al servicio de una “nueva realidad”, en «modo post-colonial».

2. Contexto de cambios: dinámica de mutaciones hacia una “nueva realidad” local/global

Si bien los conceptos de vieja y nueva realidad cobraron especial fuerza y sentido producto de la pandemia del Covid-19, a nivel histórico y global tal recambio ya empezó a forjarse a partir de la caída del Muro de Berlín (1989) y, consecuentemente, del fin de la Guerra Fría (1991). De hecho, tales hitos —junto al advenimiento de Internet— dieron lugar a un nuevo orden mundial, incluyendo países que se subdividieron y reorganizaron geopolíticamente, como fueron la Unión Soviética (URSS) y Yugoslavia. Por su parte, Estados Unidos aprovechó la oportunidad para irrumpir sin contrapesos con su imperio, logrando un gran poder de influencia que, visto en perspectiva, hoy se puede denominar “Globalización 1.0”. Fue entonces cuando el país norteamericano ejerció su mayor

dominio, unilateralmente, en especial durante la última década del siglo pasado. Esto solo pudo interrumpirse con el atentado a las Torres Gemelas (11 de septiembre de 2001) que, para muchos, marcó el fin histórico del siglo XX y comienzo del siglo XXI, punto de inflexión que simbólicamente significó el fin del imperio estadounidense. Años después, en 2008, dicha decadencia se corroboró y reforzó con la crisis subprime —gatillada por el propio EE.UU.—, sumándose a ello la arremetida de China, ya perfilándose como nueva potencia mundial. Así se fue concretando el agotamiento definitivo de la “vieja realidad” —imperio estadounidense incluido—, que en su último respiro fue liderada por Donald Trump (2017-2021). Dentro de este contexto, la reciente invasión de Rusia a Ucrania parece una suerte de “neozarismo” fuera de época, como un retorno a los tiempos de la Guerra Fría o antes; no obstante, ello es parte de los vaivenes que conlleva el reordenamiento del hemisferio norte, donde el hemisferio sur —nuestro hemisferio— no es mucho lo que puede hacer, aunque sí lamentar y repudiar los abusos y crímenes cometidos.

A nivel local, Chile ha ido avanzado en sincronía con los acontecimientos internacionales, incluso con mayor intensidad. De partida, la “Revolución de los Pingüinos” versión 1.0 y 2.0, —ocurridas en 2006 y 2011 respectivamente—, fueron claras señales de descontento frente al sistema imperante. Años después, esto se vio



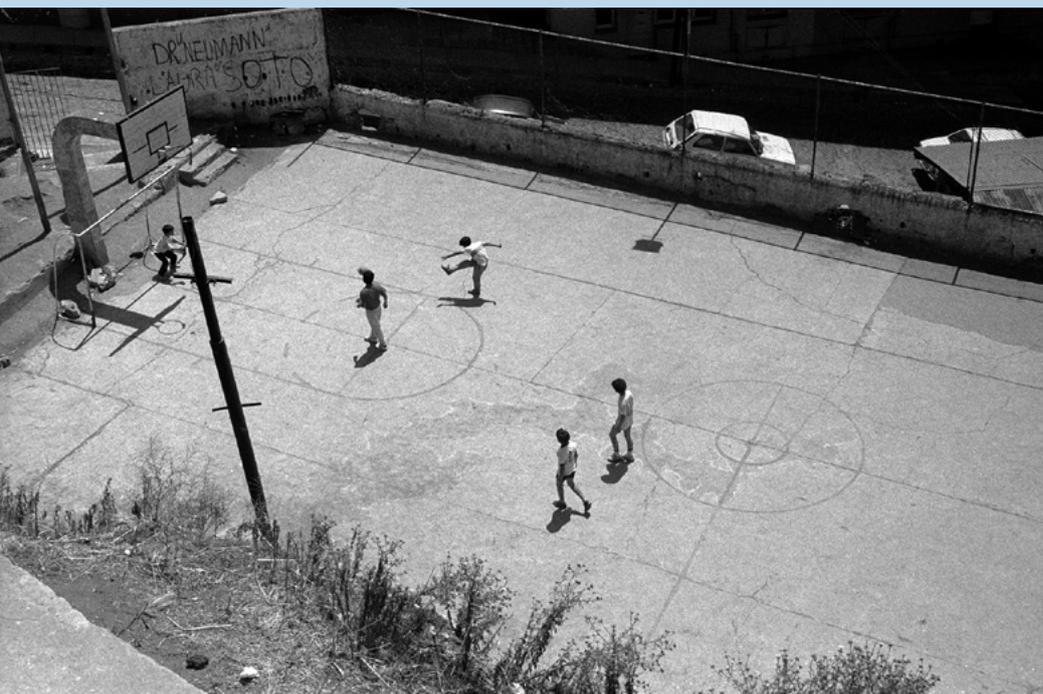
ratificado con el estallido/revuelta experimentado el 18 de octubre de 2019. Producto de ello, en el plebiscito del 25 de octubre de 2020 casi el 80 % de los votantes aprobó la creación de una “Nueva Constitución”, proceso actualmente en desarrollo. Esto conlleva el fin del así llamado “modelo chileno”, que bien se puede resumir en “Pinochetismo + Neoliberalismo + Constitución de 1980”. Consecuentemente, con el ascenso de Gabriel Boric como nuevo presidente de Chile (11 de marzo de 2022), se inició un claro proceso de renovación de la política chilena; un nuevo ciclo que reconfirma la tendencia de avanzar hacia la construcción de una “nueva realidad”. Esto implica un cambio de actitud y mentalidad, asociado a una nueva forma de concebir el país, lo cual se suma al proceso constituyente, superando definitivamente nuestra “vieja realidad”.

Así entonces, tanto Chile como el mundo están mutando hacia una “nueva realidad”, proceso que ha sido ratificado por la crisis generalizada de las instituciones, junto a la decadencia definitiva de los sistemas patriarcales-autoritarios —EE.UU incluido—, cuyas magras consecuencias se han visto reflejadas, por ejemplo, en la crisis climática y en los permanentes conflictos geopolíticos y económicos del hemisferio norte, como ahora, con Rusia invadiendo a Ucrania. Simultáneamente, la revolución femenina y su enorme *momentun* han ido *in crescendo*, constituyéndose en un poderoso

agente de cambios. Todo esto, visto a gran escala, efectivamente corresponde al agotamiento y término definitivo de la «era industrial», para dar paso a la «era digital». Se trata de cambios paradigmáticos, que inciden profundamente en las dinámicas socioculturales; en el modo de entender y ejercer la política, la economía y, por cierto, la cultura, la gestión cultural y la gestión artística.

3. Crisis terminal de la Cultura Occidental Masculina y «modo (neo)colonial» de vivir

Junto a los diferentes factores antes referidos, existe una causa aún más profunda —de carácter estructural— que explica la actual crisis de Occidente, la cual tiene raíces en los albores de su gestación, mucho antes de que se desatara la Revolución Industrial. No por casualidad, hace 100 años Oswald Spengler publicó su libro “La decadencia de Occidente” y, con ello, se anticipó a lo que ahora estamos viviendo. Incluso, con la perspectiva del tiempo, esto se puede decodificar con mayor precisión, asociándolo con la crisis terminal de la “Cultura Occidental Masculina” que, obviamente, es parte de lo que hoy se entiende por “vieja realidad”. Y no podía ser de otra manera, pues durante unos 2.500 años —por lo menos desde Pitágoras y sus escuelas— la cultura occidental fue construida solo por hombres, sin la participación femenina. Así, durante siglos se generó un desbalance estructural, acumulativo,



imposible de soslayar, en tanto la mujer constituye la mitad de la población humana (50%). Tal desbalance, inevitablemente, tarde o temprano iba a traer sus consecuencias y quiebres, pues la vida es intrínsecamente mixta y, por lo tanto, la componente femenina es tan importante como la masculina. Debido a ello, pensando en la “nueva realidad”, cualquier cultura que desee construirse en forma equilibrada, sostenible y saludable, necesita hacerlo en «modo mixto», en base a una dinámica permanente de intercambios y colaboraciones recíprocas entre lo femenino y lo masculino. Esto se traduce en la construcción de una sociedad diversa, abierta e inclusiva, más allá de lo binario, con múltiples expresiones para el género humano, junto al necesario respeto por la naturaleza y el medio ambiente.

Adicionalmente, como parte de este desbalance estructural, hay que considerar el carácter invasivo que históricamente significó la colonización europea sobre los demás continentes. Producto de ello, claramente se estableció una relación de dependencia y sometimiento, marcada por un verticalismo autoritario y patriarcal, propio de la esencia falocéntrica de la Cultura Occidental Masculina. Se entenderá entonces, que el mayor trasfondo de lo que ahora está ocurriendo, es el desmontaje definitivo del sistema (neo)colonial, como parte de las mutaciones necesarias para derivar hacia una nueva fase histórica. Paralelamente, esto está directamente

asociado con la construcción de nuestra «era post-colonial», lo cual en Chile no es nuevo, pues en rigor el proceso de descolonización comenzó décadas antes, por ejemplo, ya con la Reforma Agraria propiciada por Eduardo Frei Montalva (1964-1970).

Cabe precisar, sin embargo, que hablar de post-colonialismo no implica renegar del pasado ni mucho menos, en tanto en él se encuentra un gran aprendizaje para poder evolucionar y construir un mejor futuro. Más se trata de superar nuestro estado adolescente y empezar a creer en nosotros mismos, lo cual conlleva asumir un nuevo estado de madurez y consciencia, con un *ethos propio*, a partir de nuestra historia, memoria y experiencia colectiva. Esto significa transitar desde “la era de las dependencias” hacia “la era de las interdependencias”, donde cada país pueda desarrollarse con suficiente autodeterminación —con identidad propia—, condición necesaria para lograr establecer relaciones horizontales de reciprocidad, respetos, intercambios y beneficios mutuos entre los países, incluido el hemisferio sur, obviamente, dentro de lo que ya se puede denominar “Globalización 2.0”.

4. El multiculturalismo como “nueva realidad”: incidencias en el concepto de «cultura»

En Chile, a partir de marzo de 2018 se instaló el nuevo Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio (Mincap) que, al



Fotos: Luis Weinstein Cayuela

considerar “culturas” en plural, se comprometió a asumir la diversidad cultural que nos caracteriza como país. Esto implica una enorme responsabilidad y riqueza potencial, gracias a las particularidades y diferencias que nos ha regalado nuestra “loca geografía”¹, cuyos contrastes han ayudado a generar realidades geohumanas únicas en cada lugar. Tal riqueza y diversidad se debe a las diferentes culturas originarias y migraciones que históricamente se fueron asentando acá, dando pie a una gran variedad de mezclas y mestizajes a lo largo y ancho de nuestro territorio. Hoy este fenómeno incluso se está reforzando, debido a las nuevas migraciones.

No obstante, si Chile efectivamente quiere asumirse como un país multicultural, primero necesitamos cambiar nuestra mentalidad y actitud frente al concepto de “cultura”. Por de pronto, según ya se advirtió, tenemos que superar nuestra antigua confusión entre “cultura” y “artes”, en tanto la primera se sigue reduciendo y tratando como sinónimo de la segunda, omitiendo y/o invisibilizando las otras dimensiones que la cultura pueda tener en cada lugar. De hecho, en Chile la mayoría de las “políticas culturales” en realidad son “políticas artísticas”, incluyendo los “centros culturales” que en la práctica operan como “centros artísticos” (replicados en diferentes ciudades según un único formato estándar, en modo (neo)colonial). Esto en ningún caso significa desmerecer

la relevancia que tienen las artes —como agentes identitarios, simbólicos, dinamizantes y transformadores—, sino en insistir que la cultura es multidimensional y que, por lo tanto, cada una de ellas tiene su propia forma de ser y derecho a existir, a veces incluso sin la participación de las artes, aunque con otras dimensiones igualmente legítimas. Reconocerlo así es imprescindible, toda vez que —valga reiterarlo— las ciudades más pequeñas y pueblos rurales tienen otras dimensiones culturales y formas de expresión, que responden a fundamentos y motivaciones completamente diferentes. Y no por ello son menos valiosas, legítimas y vitales para sus habitantes, ni tampoco para mantener viva nuestra riqueza y diversidad cultural como país.

Esto es de suyo preocupante, pues la confusión entre “cultura” y “artes” genera serias distorsiones y contradicciones, que de hecho en la “vieja realidad” impidieron reconocer a “las otras culturas”, imposibilitando nuestro verdadero desarrollo multicultural y, con ello, democrático. Por ejemplo, cuando los gobiernos de turno se referían a la necesidad de “descentralizar la cultura” —o hablaban del “acceso a la cultura”—, una y otra vez caían en el mismo error, pues seguían pensando “la cultura” en forma autorreferencial, desde el centro —verticalmente—, y solo desde las artes, en «modo urbano santiaguino», (neo)colonizante, como si los otros lugares no tuviesen sus propias culturas, distintas, con sus propias dimensiones, códigos y

1

Recuérdese “Chile o una loca geografía”, de Benjamín Subercaseaux, publicado por primera vez en 1940, a cargo de la Editorial Ercilla.

Esto, porque la endogamia cultural es autodestructiva, toda vez que la interacción es fundamental para retroalimentarse y mantener viva y vigente la cultura propia, junto con poder avanzar hacia un genuino fortalecimiento y democratización territorial, reconociendo a las otras culturas como legítimas otras.

estilo. Otra cosa es referirse a la “descentralización o acceso a las artes”, pues en tal caso efectivamente existen lugares que no tienen acceso a ellas y que sí desean incorporar la dimensión artística en su cultura. Esto, por cierto, corresponde a una política de Estado, aunque nunca como una imposición, sino que acorde a los intereses y motivaciones reales de cada territorio. Siendo así, tal proceso solo podría validarse a partir de la “escucha local”, en base a diálogos y respetos mutuos, y no en base a actitudes intervencionistas, neocolonizantes y arrogantes, impuestas desde Santiago, según se ejerció impune y soberbiamente durante la “vieja realidad”, por lo menos hasta antes del estallido/revuelta sociocultural de 2019.

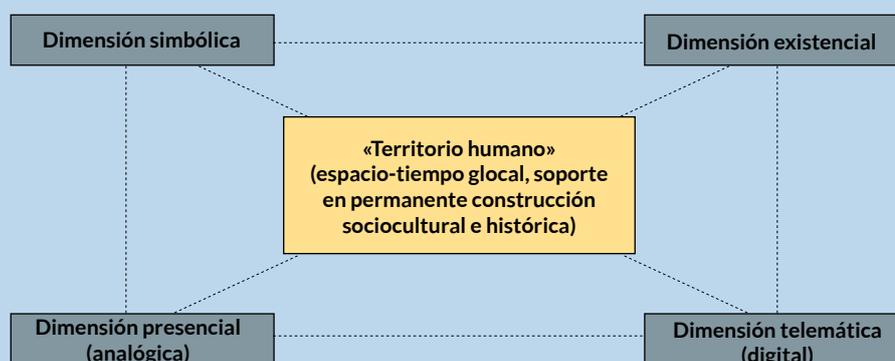
Negar que cada lugar tiene su propia cultura —con sus propias raíces, prácticas, saberes y sistemas simbólicos—, es negar la dignidad y derecho a existir de sus habitantes como personas; es negar la legitimidad de “las otras culturas” / “los otros territorios”; es ningunear e invisibilizar la diversidad cultural que nos caracteriza. Un país que pretende re-conocerse y asumirse como multicultural, primero tiene que aprender a distinguir, respetar y valorar a cada lugar según lo que es —con su propio tiempo y espacio, según su propio ritmo, sea urbano, rural o mixto—, de tal manera que cada cual pueda desarrollar su ethos local (o “glocal”) particular, aunque siempre interactuando con otras culturas².

5. El «territorio humano» como base de toda gestión cultural y artística pertinentes

Desde el punto de vista cultural y, por lo tanto, de la gestión cultural, el «territorio» se puede entender genéricamente como aquel espacio-tiempo —tangible y/o intangible— compartido por un conjunto de personas, el cual opera como soporte para el desarrollo humano y, con ello, social y cultural. El territorio puede ser presencial, cuando el soporte es físico (analógico); telemático, cuando el soporte es digital; simbólico o existencial, cuando el soporte es mental/emocional. Esto vale para cualquier conjunto de personas que perseveren en su interacción dentro de un mismo espacio-tiempo. El concepto es amplio y genérico, igualmente válido si se trata de agrupaciones, comunidades, organizaciones, instituciones, sociedades completas, etc., que interactúan en forma presencial y/o telemática. La clave está en la persistencia y continuidad, de tal manera que los gérmenes culturales tengan la posibilidad de echar raíces, brotar y dar frutos. También es clave la “memoria territorial” (memoria asociada al lugar, con experiencias, historias, hitos y símbolos compartidos), pues ella nutre el inconsciente colectivo y la creación de sentidos, junto con contribuir a la cohesión social e identidad cultural. Sin memoria se pierden los referentes y el territorio desaparece, se diluye y esfuma, quedando vulnerable y susceptible de ser (neo)colonizado.

En la figura siguiente se sintetiza el concepto, incluyendo las cuatro dimensiones principales en que se puede sustentar y desplegar el «territorio humano» como soporte, fundamental para el desarrollo de toda cultura. Esto da lugar a diferentes escenarios posibles, según prevalezcan, se relacionen e interactúen las cuatro dimensiones participantes. Asumido así, cada cultura tiene la posibilidad de actualizarse y desarrollarse glocalmente, a nivel local y global en forma simultánea:

Configuración del «territorio humano», como soporte de toda cultura actualizada





Fotos: Luis Weinstein Cayuela

Cabe distinguir que mientras las dimensiones presencial y telemática son tangibles, las dimensiones simbólica y existencial son obviamente intangibles (emocionales/mentales); sin embargo, las cuatro se interrelacionan e interactúan sistémicamente entre sí, dando lugar al «territorio humano» —o simplemente “territorio”— que, en general, es el espacio-tiempo donde se desarrolla sinérgicamente cada cultura. Los énfasis y configuraciones varían, dependiendo de las condiciones y circunstancias de cada caso. Las dimensiones simbólica y existencial de alguna manera siempre están presentes, mientras que lo local y lo global cada vez conviven con mayor evidencia, producto de los avances tecnológicos y comunicacionales que marcan claras tendencias hacia «prácticas glocalizadas». Consecuentemente, cada día será más difícil establecer la diferencia entre lo rural y lo urbano, pues los límites de los asentamientos humanos se irán confundiendo con las redes sociales y las diferentes plataformas y aplicaciones telemáticas que se vayan incorporando³.

En este sentido, la gestión cultural solo podrá ser pertinente si se involucra y respeta cabalmente el territorio, sea cual sea; es decir, necesita saber cómo sus partes constitutivas se relacionan con el todo, en tanto la cultura opera en forma orgánica y sistémica. Poco sentido tiene hacer gestión cultural en un ámbito aislado, autorreferente, que no se articula con el resto. Por ello, conocer la «matriz cultural» es fundamental para poder identificar las raíces y principales dimensiones que caracterizan al conjunto, según su contexto. Así también, conocer el mapa de actores permite aproximarse a la dinámica interna —realista— del territorio, de cómo operan, influyen e interactúan sus diferentes componentes —sus necesidades, demandas, intereses y motivaciones—, según sean sus correspondientes ámbitos de acción, esferas de poder e infraestructuras de apoyo. Solo así la gestión cultural logrará ubicarse realmente en el territorio, en su contexto “glocal”, para poder ejercerse pertinentemente. De lo contrario, más será una “gestión de burbuja”,

3

Además en Chile, producto del estallido/revuelta de 2019 y la pandemia del Covid-19, a los pocos meses del inicio de ambos fenómenos, se empezó a observar una fuerte migración de la ciudad al mundo rural (a lugares a escala humana), revirtiéndose así el fenómeno migratorio del campo a la ciudad, ocurrido siglos atrás debido a la Revolución Industrial.



ingenua y hedonista, (neo)colonizante, ficticia y/o autorreferente —descontextualizada y desterritorializada—, que resultará estéril, efímera y, por cierto, impertinente. Esto, aunque se trate de una gestión actualizada, “de punta”, acorde a las últimas tendencias y modas internacionales.

6. Gestión cultural y gestión artística pertinentes: el por qué es necesario diferenciarlas

De acuerdo a lo ya expresado, queda claro que cada cultura tiene sus propias coordenadas y dimensiones, pudiendo ser muy diferentes unas de otras; consecuentemente, no siempre en ellas las artes están presentes. Hay lugares muy localizados, analógicos, donde se desarrollan expresiones íntimas y singulares —por ejemplo artesanía, gastronomía y/o religión—, junto a distintos tipos de mitos y ritos, cuyo imaginario colectivo de una u otra manera reemplaza a las artes. No obstante, el hecho que no tengan artes no significa que no tengan cultura, obviamente. Por esta razón, es fundamental distinguir entre la gestión cultural y la gestión artística, pues conllevan enfoques, campos y procedimientos de trabajo muy diferentes, con personas y territorios también diferentes, aunque siempre en pro del despliegue y desarrollo humanos.

La gestión cultural, tal como lo indica su nombre, si pretende ser pertinente debe ser capaz de ponerse al servicio de cualquier cultura, sin prejuicios ni sesgos, respetuosamente, sean cual sean las dimensiones y soportes territoriales que la caractericen. En algunos casos ella podrá ser muy esencial, incluyendo la vida comunitaria, el pastoreo, la horticultura, la naturaleza y la ritualidad (por ejemplo en el altiplano nortino o en ciertos campos chilotos); en otros casos podrá ser muy compleja, multidimensional, incluyendo las artes, las ciencias y tecnología, las humanidades y diversos sistemas de conocimiento (por ejemplo en las grandes ciudades). En el fondo, sin embargo, siempre se trata de prácticas y saberes que se aglutinan y confluyen en torno a un *ethos colectivo* común, asociado a una comunidad o sociedad en su conjunto, que comparten un mismo territorio.



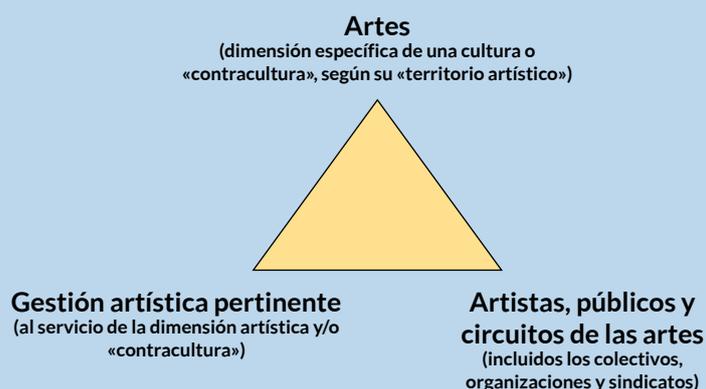


Fotos: Luis Weinstein Cayuela

Según lo anterior, la gestión cultural pertinente se pone al servicio de la sociedad y del territorio en forma integral —incluido el medio ambiente—, respetándola según sus propios méritos, escala y complejidad (sean comunidades u organizaciones presenciales y/o telemáticas; sean instituciones, barrios, pueblos, ciudades, etc.), sin olvidar su componente natural.

En el caso de la gestión artística, en cambio, el trabajo se focaliza específicamente en las artes, atendiendo a una sola dimensión de la cultura. Esto en nada la desmerece, sino al contrario, pues se trata de una dimensión de suyo potente, que pone en juego el ejercicio de la libertad y creatividad, componentes fundamentales que dotan a las artes de su capacidad crítica y transformadora. Ellas se desenvuelven dentro del “territorio artístico” y frecuentemente desbordan la cultura local, toda vez que exploran en los campos más profundos del ser humano, trascendiendo a las condiciones locales. Esto se traduce en contenidos y estímulos que pueden ser válidos en cualquier lugar del planeta, lo cual exige de una gestión y tratamiento especiales. No por casualidad León Tolstoi dijo: “*Escribe sobre tu aldea y serás universal*”. En el fondo, el “territorio artístico” no tiene fronteras; los/as verdaderos/as artistas, si bien pertenecen a una determinada cultura, generalmente la trascienden.

De hecho, las artes son esencialmente críticas, provocadoras y dinamizantes, y junto con poner en tensión el *statu quo* de cada cultura, constantemente están creando nuevas visiones de mundo, ampliando la mentalidad, sensibilidad, códigos y alcances cognitivos a nivel colectivo. Por ello, lejos de ser sinónimo de cultura, muchas veces las artes operan incluso como «contracultura», obligando a cada cultura a reaccionar, ampliarse y «ponerse al día». Esto explica que la gestión artística opere en forma muy distinta a la gestión cultural, en tanto no requiere, necesariamente, involucrarse con un territorio y cultura en especial, sino directamente con la dimensión artística y un “territorio sin fronteras”. Se trata de una gestión al servicio directo de las artes y los/as artistas, junto a públicos específicos, según circuitos, infraestructuras e instancias requeridas sectorialmente, siempre trabajando por su mejor despliegue (escuelas, talleres, curatorías, galerías, museos, teatros, salas, centros artísticos, espacios públicos, intervenciones, mediaciones, crítica, teoría, nuevos públicos, etc.).





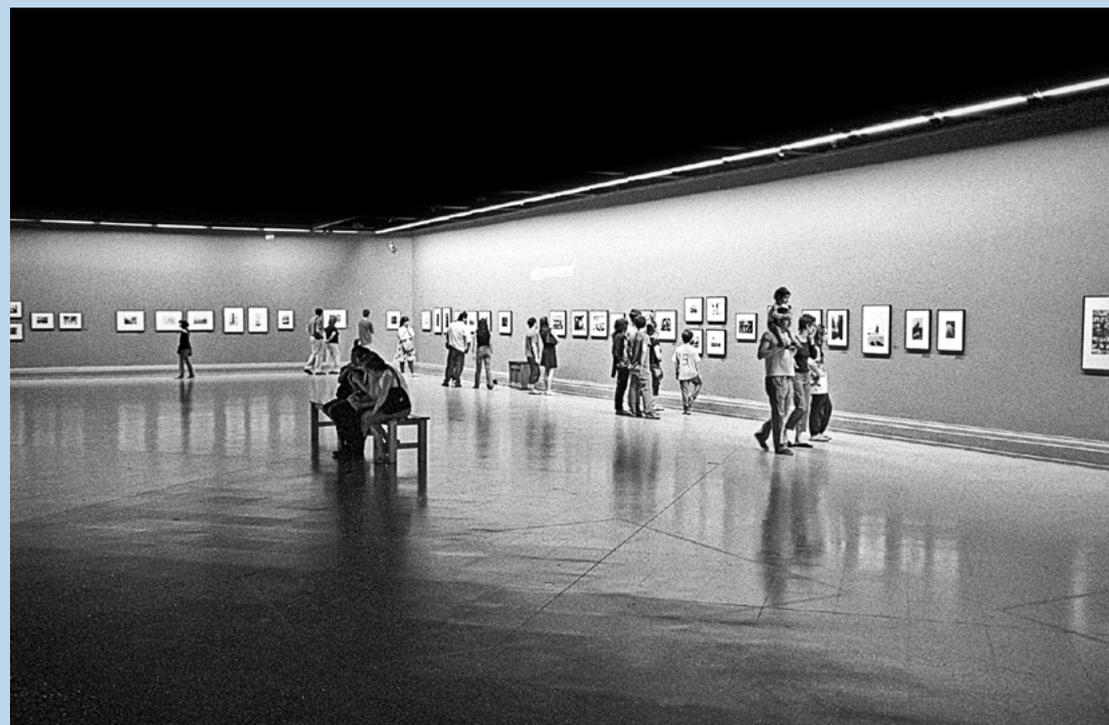
En resumen, mientras la gestión cultural pertinente se hace partícipe de las culturas locales según cada sociedad y “territorio antropológico”, asumiendo la diversidad y sus contextos glociales; la gestión artística pertinente se focaliza específicamente en la dimensión artística, dentro del “territorio artístico”, con sus circuitos y públicos específicos, sin necesariamente involucrarse en las culturas locales, aunque sí en las «contraculturas locales» y los contextos globales.

7. Reflexiones finales en pro de una gestión cultural/artística pertinentes, al servicio de la “nueva realidad”

A nivel global, está claro que la crisis generada por el Covid-19 —unida a las crisis climática, política y económica—, dieron fin a la «era industrial» y entrada definitiva a la «era digital». Esto conlleva sociedades y culturas post-industriales, cada vez más complejas, digitalizadas y multidimensionales, donde junto a la vida presencial-analógica, es necesario aprender a convivir con las redes sociales, la inteligencia artificial, las nuevas formas de trabajar y los diversos algoritmos incorporados. Asimismo, junto con los avances de los medios de comunicación, habrá que aprender a desenvolverse con los “medios de incomunicación” (noticias falsas —“fake news”—, negacionismos y postverdades, entre otros), tratando de

minimizar los perjuicios, desorientaciones o manipulaciones que ello signifique. En este nuevo escenario, unido a la entrada de las “culturas mixtas” (con hombres y mujeres participantes) y modelos de desarrollo sostenibles y saludables, la gestión cultural tendrá que saber incorporarse a los nuevos modos de vivir la cultura y el territorio, caso a caso, tanto en su ámbito presencial-analógico como telemático-digital (o ambos integrados, desde luego).

Paralelamente, con la caída del imperio estadounidense y los modelos de la Cultura Occidental Masculina —junto a sus sistemas patriarcales, autoritarios, verticales y, en definitiva, falocéntricos—, se han creado todas las condiciones para que los países históricamente (neo)colonizados, den paso definitivo a su era en «modo post-colonial». Esto, según se decía, implica mutar desde relaciones de dependencias —sometidos a los centros de poder del hemisferio norte—, hacia relaciones de interdependencias —horizontales—, basadas en respetos, intercambios y beneficios mutuos entre los países. Lo propio implica a nivel interno: la imperiosa necesidad de descentralizarse y regionalizarse, de tal manera de avanzar en la democratización territorial (analógica, digital y/o integrada) y ecológica. Se trata de una redistribución del poder incluyendo el respeto a la naturaleza, donde también



Fotos: Luis Weinstein Cayuela

las relaciones verticales de dependencias muten hacia relaciones horizontales de interdependencias, siendo cada cultura local un polo de desarrollo humano en sí mismo. Aquí la gestión cultural puede ayudar mucho, en cuanto a los procesos de descolonización/desterritorialización requeridos, de descubrimiento y/o re-conocimiento de “lo original”, aquello codificado en la «matriz cultural» de cada lugar. Esto conlleva un trabajo permanente de largo plazo —de “política profunda”—, basado en ir resolviendo, constantemente, la ecuación pasado + presente + futuro, según la ruta de origen y destino de cada territorio/cultura. En el fondo está en juego el «poder ser» uno mismo; el poder ejercer la libertad y creatividad glocalizadamente, a nivel individual y colectivo, al servicio del bien común y *ethos* propio.

En el caso chileno, ello obliga a superar nuestra tradicional actitud de “copiar y pegar” —de re-producir en vez de explorar y crear—, unido a nuestra mala costumbre de seguir actuando como un país recolector de materias primas, de economía básica, extractivista. Se trata de entrar de lleno en las dinámicas propias de las sociedades del conocimiento y la creatividad⁴ —política y economía incluidas—, con sentido crítico y autocrítico, donde la mente humana pase a ser la principal protagonista y, por lo tanto, la gestión cultural se ponga al servicio de tales paradigmas. No obstante, en

cualquier país multicultural siempre habrá diversidad, diferencias y tensiones, lo cual debe saber captarse, valorarse, respetarse y gestionarse a tiempo, de tal manera de lograr potenciar a cada sociedad y cultura según sus propias dimensiones, ritmos y características territoriales (presenciales, telemáticas, simbólicas y existenciales). Todo ello, acorde a una “nueva realidad” mixta, equilibrada —ni patriarcal ni matriarcal—, con sus soportes analógicos y digitales activos, coexistiendo.

La gestión artística, por su parte, tiene un campo específico que atender —de suyo potente—, trascendiendo a las culturas locales, yendo a lo más esencial del ser humano, a partir de un trabajo directo con los propios artistas, los territorios artísticos, sus públicos y circuitos. Allí, el rol transformador y movilizador de las artes es irremplazable. Pasar de la «era industrial» a la «era digital», de la «era colonial» a la «era post-colonial», significan enormes desafíos, donde las artes y la gestión artística —junto a la gestión cultural— pueden aportar mucho, en especial a partir del sentido (auto)crítico y cambio de mentalidad requeridos. En el fondo, en todo esto está en juego un cambio de actitud: necesitamos creer en nosotros/as mismos/as, ser más creativos/as y proactivos/as, junto con respetar a los demás como legítimos otros/as en las diferencias (según lo diría Humberto Maturana), tanto a

4

En esto, no hay que olvidar que las artes son la mejor “Escuela de la Creatividad”, no solo para los artistas, sino para la sociedad completa, incluidas todas las disciplinas, oficios y profesiones.

nivel personal (individual) como colectivo (sociocultural).

Mirando hacia el futuro, la revolución continúa, pero ahora asumiendo a la "Globalización 2.0" como parte de la "nueva realidad". Esto incluye al hemisferio sur, obviamente, pues necesitamos visibilizar esa otra cara de la medalla —la nuestra, que faltaba— para poder acceder al planeta en su conjunto. En general, ya hay cambios notables que son necesarios de registrar. Por ejemplo, en los últimos años —debido al coronavirus y crisis climática—, las ciencias como nunca han cobrado presencia popular. Es más, el conocimiento se ha visto obligado a migrar hacia la interdisciplina, en tanto los nuevos problemas necesitan enfoques integrales —holísticos—, para poder encontrar verdaderas soluciones. El propio Covid-19, la crisis climática y la inteligencia artificial, conllevan desafíos de suyo complejos —multisistémicos— que requieren de la confluencia de diversas ramas del conocimiento. En este contexto, las artes ya se han anticipado, incorporándose a dinámicas interdisciplinarias con cruces, por ejemplo, entre artes - ciencias - tecnología. De esta manera, si la gestión artística —analógica y digital— pretende mantener su vigencia y pertinencia, necesita validar y reforzar las incursiones interdisciplinarias. Por su parte, la gestión cultural pertinente —también analógica y digital—, junto a otros temas emergentes, necesita tomar partido tanto en relación a las culturas originarias, como aquellas de los pueblos y comunidades asociadas al fenómeno migratorio, tendencia propia de la "nueva realidad" mundial. Esto implica abrirse paso —literalmente— a una «gestión intercultural», enfoque que año a año está cobrando mayor fuerza y sentido. El multiculturalismo no puede conformarse con la simple "suma de culturas", sino en avanzar hacia la interacción e intercambio entre ellas, de tal manera de lograr una mejor convivencia, paz y sinergia sociocultural. Para ello es fundamental fomentar la interacción cultural. He allí una de las principales fortalezas y beneficios que, a nivel interno y externo, puede generar una genuina democratización territorial (analógica y digital).

Por último, si se dan otras vueltas de tuerca, todo parece ser más complejo. "La nueva realidad" ya es parte de nuestro actual escenario de vida. Las crisis mundiales y



locales así lo están evidenciando; los cambios no han dejado de sorprendernos. No obstante, en muchos países —Chile incluido— las personas han quedado olvidadas, reducidas, invisibilizadas y anuladas por las "sociedades de consumo" y/o "sociedades de prosumidores". Asimismo, quizás en pocos años más sean los robots, la inteligencia artificial y los algoritmos los principales protagonistas. En tal caso, habrá que repensar la función y sentido que tendrán las propias personas, la democracia, las culturas, las artes y, con ellas, la gestión cultural y la gestión artística. Habrá que buscar y trabajar por los nuevos equilibrios. No será



Fotos: Luis Weinstein Cayuela

fácil, por cierto, pues es probable que entonces sean los datos lo más importante, en especial aquellos que permitan actualizar y mantener vigente los algoritmos. Consecuentemente, es probable que las propias políticas públicas y culturales sean definidas y/o administradas por algoritmos, en donde las comunidades involucradas aporten telemáticamente con sus datos y opciones de vida. Para muchos, esto podrá parecer un fracaso; sin embargo, hay que reconocer y asumir que la Cultura Occidental Masculina —sin desmerecer sus méritos— no logró un buen balance en sus resultados, ni para el planeta ni para la

humanidad (ni qué hablar para la mujer). En Chile tampoco podemos enorgullecernos, pues a nivel local ya han transcurrido casi 500 años y todavía no hemos sido capaces de dar el paso definitivo hacia nuestro «modo post-colonial» de vivir y existir, según un *ethos* propio. Así las cosas, *no necesariamente todo pasado fue mejor*. Sin embargo, ahora tenemos una oportunidad única, histórica, para dar el paso. Ello depende de todas/os nosotras/os; de nuestro nivel de consciencia, compromiso y trabajo por el bien común y respecto a cada territorio y cultura. ■